Comunión eclesial

Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Cuando el Santo Padre me eligió para regir la Archidiócesis de Madrid, hacía aún poco tiempo de aquella jornada memorable del 15 de junio de 1993, en que el Papa había dedicado la Catedral de la Almudena, aportación imperecedera de mi venerado predecesor el Cardenal Angel Suquía. Fue, sin duda, un acierto la decisión de reservar las capillas laterales para mostrar la amplitud del fenómeno de santidad –de plenitud de vida cristiana hasta el heroísmo– que ha coronado a esta diócesis a lo largo de sus primeros cien años, en tiempos no precisamente fáciles.

En las capillas de la Almudena no están todos los que son, pues la floración de mujeres y hombres santos y beatos ha sido excepcional. Pero sí son lógicamente los que están, entre ellos, Josemaría Escrivá de Balaguer, nacido hace ahora cien años en Barbastro, pero indisolublemente ligado a Madrid, porque aquí quiso la divina providencia que naciera el Opus Dei, el 2 de octubre de 1928.

En la capilla del beato Josemaría Escrivá se ha esculpido un bajorrelieve en el que se le ve arrodillado ante la imagen de la Almudena que se venera en la Cuesta de la Vega. Recuerda hechos de su vida, que sintetizan la devoción a la Virgen con que afrontó al final de los años veinte la tarea de poner las primeras piedras del Opus Dei: abandonó todo en manos de su Madre, desconfiando de sí mismo, y abrumado ante el «imposible» que el Señor había desplegado dentro de su alma.

Se abría, así, un nuevo surco en la Iglesia, para difundir la Redención ofrecida por Cristo en la Cruz. El beato Josemaría había captado con claridad la excelsa vocación del cristiano, llamado por Jesucristo a santificar su persona y su trabajo; en palabras de la Constitución dogmática sobre la Iglesia: *todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, ... se santificarán más cada día...* (cf. Lumen gentium, 41). El beato Josemaría Escrivá sintió que Dios promovía una institución –no supo entonces si existía ya, ni cuál era o sería su nombre– cuyo fin era justamente promover la llamada universal a la santidad en las actividades terrenas, ese gran capítulo que, a juicio del Papa Pablo VI, constituyó una *característica peculiar y, por así decir, fin último de todo el magisterio* del Concilio Vaticano II (cf. Lumen gentium, 32.39.40.41.42.50).

El beato Josemaría Escrivá para la fundación del Opus Dei –difundido actualmente por todo el mundo–, se apoyó en la Madre de Dios y, aunque parezca paradójico, en los enfermos y desvalidos de la capital de España. De la Virgen aprendió a no vivir de espaldas a la muchedumbre, *porque* –escribiría tiempo después– *cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia* (Es Cristo que pasa, 146).

Así lo expresa otro bajorrelieve de la capilla de la Almudena, en el que el joven Josemaría Escrivá consuela a un enfermo en su lecho de muerte. Durante su permanencia en Madrid vivió una gran solicitud visitando y aliviando a los más pobres, atendidos en y desde el Patronato de Enfermos de las Damas Apostólicas.

El beato Josemaría Escrivá quería que los primeros miembros del Opus Dei encontraran también vitalidad sobrenatural –mientras pugnaban en su formación profesional o comenzaban sus trabajos civiles– en la convivencia con el sufrimiento y el desamparo que sufrían los enfermos del Hospital General (hoy, Museo Reina Sofía) o del antiguo Hospital de la Princesa en San Bernardo, o

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

en las frecuentes visitas a las casas de los que consideraba *«los pobres de la Virgen»*.

Quería acentuar también, de este modo, que la santificación de la persona en la cotidianidad de la vida nada tiene que ver con éxitos y prestigios humanos sino con la participación e imitación contemplativa de la fatiga y el servicio de Jesucristo en el hogar de Nazaret y en el taller de san José. *Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio... Aquí se aprende incluso, quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida»* (Pablo VI, Alocución en Nazaret, 5 de enero de 1964). Dios sale al encuentro de los hombres en su familia, en su profesión, en su ambiente: en el día a día y en las cosas pequeñas hechas con amor humano y divino cara al prójimo y a la sociedad entera.

El trabajo profesional o las relaciones sociales no son obstáculo, sino ámbito y materia que han de santificar los bautizados, esforzándose por cumplir abnegadamente las obligaciones familiares, laborales, civiles, es decir, ejercitando con heroísmo la caridad, la fortaleza, la justicia, la templanza, la pobreza, la humildad..., todas las virtudes teologales y morales.

Y, siempre, con máxima rectitud de intención: buscando no la gloria humana, sino la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Las iniciales del *Deo omnis gloria!* que el beato Josemaría Escrivá estampaba en muchos de sus papeles, eran inseparables de la conciencia clara de su comunión con el Papa y los Obispos, sintetizado en el *omnes cum Petro ad Jesum per Mariam* que menciona en Camino 833. No dio ningún paso decisivo, para llevar adelante la fundación, sin el conocimiento y autorización de la legítima autoridad diocesana. A este propósito, don Leopoldo Eijo Garay, obispo de Madrid, escribía en 1941: *desde que se fundó en 1928 está tan en manos de la Iglesia que el Ordinario diocesano, es decir, o mi Vicario General o yo, sabemos, y cuando es menester dirigimos, todos sus pasos.*

El beato Josemaría Escrivá infundió una auténtica espiritualidad de comunión en el Opus Dei que, erigido por Juan Pablo II como Prelatura personal, puede contribuir, sin lugar a dudas, al gran objetivo planteado por el Papa al inicio del nuevo milenio: *hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión, para ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo* (Carta Apostólica, Novo millennio ineunte, 43).

Ese espíritu forma parte del núcleo del carisma fundacional del Opus Dei, que sirve desde la universalidad de su régimen a cada una de las Iglesias particulares en que desarrolla su trabajo. Así lo expresaba el Santo Padre en la audiencia que concedió a los fieles del Opus Dei al día siguiente de la beatificación del Fundador, 18 de mayo de 1992: *es necesario que toda acción evangelizadora esté coordinada e integrada en los planes pastorales de las propias comunidades diocesanas que, a su vez, se ven enriquecidas por la variedad de carismas con que los Santos y beatos han hecho fecunda la misión evangelizadora de la iglesia universal a través de su historia milenaria.*

Un centenario dentro de la Iglesia no se festeja con simples elogios. Es más bien ocasión de sopesar afectos, compromisos y lealtades. Estoy firmemente persuadido de que los fieles del Opus Dei, junto con muchos otros que participan directamente de su trabajo apostólico, sabrán ser leales a las afirmaciones centrales del mensaje del Fundador: la santificación del trabajo, el amor rendido a Santa María y la predilección por los pobres y enfermos.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei